

Aunque breves, son bastantes, por sí sólo, los elementos que producimos para verificar que, a la individualidad geográfica de la patria portuguesa, conforme quedó definida por autorizados testimonios de la ciencia oficial española, correspondía en toda su amplitud un fondo étnico caracterizado por diferencias que, si lo aproximaban a las demás poblaciones hispánicas, le imprimían todavía un particularismo muy suyo, que no dejaba, por otro lado, confundirlo enteramente con ellas. De donde resulta bien nítidamente que la separación política de Portugal y España encuentra sus raíces en circunstancias más fuertes que la ambición de nuestros Príncipes, como pretendía Alejandro Herculano, o que el simple capricho del dios Acaso, como quería Oliveira Martins, con un negativismo lamentable en tan alto y claro espíritu.

SEBASTIANISMO Y QUIJOTISMO

Pero no todos pensarán como yo pienso, apoyado en hechos incontrovertibles, no obstante los preciosos refuerzos que en todos los momentos está proporcionando a mi tesis la erudición española moderna. Sin embargo, esos mismos, poco inclinados a conceder a Portugal fronteras que nos individualicen como nación aparte y una raza que nos distinga en el concierto de nuestros hermanos peninsulares, no vacilan en declarar, como, por ejemplo, el ilustre profesor y publicista señor Bullón y Fernández: «No ha faltado quienes, para dar una demostración de que Portugal carece de condiciones que expliquen su existencia como nación independiente, han alegado que no existen entre Portugal y España límites naturales; pero, aun suponiendo que eso sea exacto, y lo es casi en absoluto, siquiera no falten en algunos espacios de zona fronteriza accidentes físicos que pueden considerarse como algo más que líneas meramente convencionales de separación; pero aunque ello fuera exacto, con una absoluta y completa exactitud, ese argumento demostraría todo lo contrario de lo que pretenden sus autores, porque a las naciones no tanto las constituye el elemento material como el elemento psíquico, y si a pesar de no haber líneas

naturales de separación, ha mantenido Portugal durante tantos siglos una personalidad independiente, será porque allí hay condiciones psicológicas, modalidades sociales, diferentes y características» (1). Efectivamente, el elemento psíquico, es más determinante de una nacionalidad que el elemento natural o físico, ya lo indicamos, al ocuparnos del lirismo estructural del alma portuguesa y de su expresión máxima en el mito del *Encubierto*. Sin embargo, el elemento psíquico es siempre antecedido, cuando no condicionado, por el elemento natural o físico. Y aunque el señor Bullón y Fernández no nos reconozca fronteras naturales acentuadas, no duda en señalar, y siempre con la más loable sinceridad, que «lo que caracteriza territorialmente a las naciones es la manera especial cómo en determinada región del globo se agrupan y combinan los elementos geológicos, orográficos, marítimos, climatológicos, etc., la fisonomía particular y cómo el temperamento que de aquí resulta para aquella zona terrestre, su modo de ser propio y peculiar. Y considerando Portugal desde este punto de vista, prosigue el señor Bullón y Fernández, no hay duda alguna que tiene una fisonomía especial inconfundible, porque es una zona litoral atlántica situada en el extremo occidental del mundo antiguo... Y esto daba al pueblo que viese en esa zona atlántica, cuyas condiciones marítimas están además avaloradas por ríos navegables y puertos tan excelentes como Lisboa, una misión semejante a la que tuvo Fenicia en la antigüedad: la de ser un

(1) Conferencia de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, ya citada, páginas 14 y 15.

pueblo descubridor, comercial y colonizador» (1).

Pero el señor Bullón y Fernández aludió principalmente al elemento psíquico como si fuese el que mejor bautiza y modula una nacionalidad. Si consiguiésemos mostrar cómo en el *ethos* lusitano el Lirismo se une al localismo por la ingénita actitud bucólica de nuestra raza, fácil sería reconocer que la «ternura portuguesa», a que alude el cardenal Cienfuegos, biógrafo de San Francisco de Borja, cuando nos habla de las lágrimas de Carlos V por su esposa la Emperatriz Isabel, justifica plenamente las reflexiones de Menéndez y Pelayo, al buscar en el Noroeste de la Península la cuna del *Amadís*: «No por estas fútiles presunciones, sino por motivos algo más hondos, aun sin contar con los indicios históricos y documentales, se siente inclinado el ánimo a buscar en el Oeste o Noroeste de España la cuna de este libro «pondera el eminente crítico». Domina en él un idealismo sentimental que tiene de gallego o de portugués mucho más que de castellano; la acción flota en una especie de atmósfera lírica que en los siglos XIII y XIV sólo existía allí. No todo es vago devaneo y contemplación apasionada en el *Amadís*, porque la gravedad peninsular imprime su huella en el libro, haciéndole mucho más casto, menos liviano y frívolo que sus modelos franceses; pero hay todavía mucho de enervante y muelle que contrasta con la férrea austeridad de las gestas castellanas. Todo es fantástico: los personajes y la geografía. El elemento épico-histórico no aparece por ninguna parte, lo cual sería muy extraño en un libro escrito original-

(1) Obra citada, páginas 15 y 16.

mente en Castilla, donde la epopeya reinaba como soberana y lo había penetrado todo, desde la historia hasta la literatura didáctica» (1). Si nos fuese posible aquí, examinar los componentes morales que del *Amadís* emigraron al *Encubierto*, veríamos cómo en la línea genealógica del segundo, el *Doncel del Mar*, figura ciertamente como su principal y más directo antepasado.

El mito del *Encubierto*, del lirismo, brotó solamente como un alerta permanente de esperanza, y, solamente, aún, todavía, por el lirismo se mantiene. De este modo, se comprende perfectamente que la ternura (« ¡tengo los ojos niños y portuguesa el alma ! »—decía en la *Dorotea* aquel «Don Fernando», de Lope de Vega), creando en Portugal el sentimiento de la *sauidade*, hizo allí más aclimatable la «materia breña», mientras que en Castilla, con la *Gesta*, son los héroes carolingios quienes inspiran y modelan los próceres gallardos del *Romancero*. Del *Romancero* desciende a su vez el patético *Caballero de la Triste Figura*. Por el contrario, la fisonomía emotiva de la grey moradora de las riberas occidentales de la Península nos iba a ser dada por el corazón esforzado y sensible del donairoso *Amadís*.

Tras los montes, «en tierras galaicoportuguesas, entre ondas y brumas, reaparece, figura inmortal también, el doncel del mar, el *meigo fidalgo*. Contrasta con el hidalgo castellano, al que, sobre todo, perturbó la vigilia. Es locura de sueño la del amoroso *Amadís*; en su vida, en su poema, vence a la épica la lírica ; pasaron las aventuras, pero no pasa la me-

(1) *Orígenes de la novela*, tomo I, pág. 221.

moria de las cuitas ; llegan a través de los Cancioneros y van indefinidamente prolongándose los ecos de tan sentidas quejas» (1).

Así lo testimonia mi ilustre amigo el señor marqués de Figueroa.

La lírica, efectivamente, suplantó a la épica y esta circunstancia es la que nos revela el rasgo propio de la psicología portuguesa. No es que el lirismo falte al temperamento castellano, el cual imprimió a la España actual su carácter definitivo. Sin duda está en el recuerdo de todos la tesis sustentada a tal respecto por el señor Menéndez Pidal en su magnífico *Discurso acerca de la primitiva poesía lírica española* (2). Para el perfecto filólogo, la primitiva lírica peninsular asumió dos formas típicas : una, peculiar a la lírica galaicolusitana, y la otra, peculiar propiamente a la lírica castellana. La primera se determina por el empleo de las estrofas paralelísticas, rematadas por una manera de estribillo, al paso que la segunda está caracterizada por un *villancico* inicial, glosado en estrofas, que al final, a manera de estribillo, repite el *villancico* inicial en todo o en parte. No es inútil la observación de las dos diferencias, porque en la forma usada por la poesía galaicoportuguesa, la expresión, por su dulce monotonía, acusa una sentimentalidad profunda, al paso que en la forma castellana, más rápida y más variada, permite un desenvolvimiento que puede, sin dificultad, llegar hasta lo na-

(1) Discurso leído ante la Real Academia Española en la recepción pública del excelentísimo señor don Gabriel Maura Gamazo... Contestación del excelentísimo señor marqués de Figueroa. Madrid, 1920 ; páginas 112 y 113.

(2) Madrid, 1920.

rrativo. Acentuando el particularismo arraigado de la primera forma en el Noroeste peninsular, el señor Menéndez Pidal reconoce implícitamente la existencia allí de un medio especial e inconfundible, a cuya influencia, como ya se registró, atribuía la génesis del *Amadís* el gran Menéndez y Pelayo.

A semejante condicionalismo, más de los *Cancioneros* que del *Romancero*, queremos pedir nosotros, con el señor marqués de Figueroa, el linaje moral del esforzado caballero, que si no temblaba delante de dragones y gigantes, desmayaba, sin embargo, de penas de amor. Nadie se sorprenderá por eso de que en el mito lusitano del *Encubierto* se evidencie con pureza indudable la ascendencia de los personajes simbólicos del ciclo bretón. No por feliz invención literaria, hallada, como en el *Quijote*, al cabo de generaciones sucesivas de *Lizuartes*, *Clarimundos*, *Flo-riseles* y *Palmeirines*, sino como producto ansiado de la creencia colectiva apelando a las incertezas del futuro en el momento de prueba que para todos llegaba. Hay que preocuparnos realmente del *Sebastianismo* para que mejor se comprenda y sienta lo que es Portugal y lo que son sus recursos asombrosos de resistencia y de sueño. Fué ese espíritu el que concibió en el *Amadís* al enternecido *Doncel del Mar*, amando a Oriana desde la infancia «en tal guisa, que una hora nunca de amar se dejaron».

Siendo así no se extrañará, pues, que el *Sebastianismo* marque, en relación al alma lusitana, lo que el *Quijotismo*, en igual alto y dramático sentido, marca en relación al alma castellana (1). He aquí la gran

(1) Véase sobre el Quijotismo el bello estudio de Eloy Luis

y fundamental característica que nos distingue a nosotros, portugueses, como individualidad aparte, de las restantes familias peninsulares, Galicia exceptuada, naturalmente. ¿Por qué? Porque en el conjunto de sus preferencias comunes, traducidas por las costumbres, por las instituciones, por la literatura, etc., cada pueblo, cada nacionalidad, poseía su filosofía, no la filosofía que se vende al por menor en la feria de las ideas por mano de sofistas de alquiler, sino la que representa, por una lentísima e inconsciente creación secular, su concepto, a un tiempo experimental y místico, de la existencia. En el *Sebastianismo* se condensa por lo expuesto la filosofía innata del alma portuguesa, como la del alma española se sintetiza en la esencia dolorida del *Quijotismo*, toda imbuída de un extraordinario y conmovedor sentido patético.

Si Ganivet tuvo razón al escribir de Séneca que si hubiese venido al mundo un poco más tarde tendría que haber nacido en Castilla, es el estoicismo del filósofo andaluz, «natural y humano»—como lo califica el llorado autor del *Idearium español*—, la fibra oculta de que se vale el íntimo valor iluminado de aquel pobre señor Alonso Quijano. «No te dejes nunca vencer por nada extraño a ti mismo, y mantente siempre erguido en tal forma, que se diga de ti que fuiste un hombre», es en un resumen vulgar la idea madre del pensamiento de Séneca. Porque en la mente del triste hidalgo manchego reinasen, en una sobriedad primitiva, las desdeñadas verdades «carpetovetónicas»,

André, *Ética Española*. Me sorprende que este autor no disfrute del aprecio que sus compatriotas dispensan, por lo menos, a cualquier Ortega y Gasset o a cualquier Unamuno.

que hicieron gloriosa a la España de otros tiempos, en que se apreciaba más acción y menos análisis, no dudemos en reconocer que en ellas, y sólo en ellas, habita aún ahora la olvidada lección del actor enigmático y casi cristiano de la *Medea*. En el senequismo entronca de esta forma la genealogía un tanto enmarañada de Don Quijote. Y he aquí cómo, por consejo de Séneca, a los que a todo instante claman por la necesidad urgente de «europeizar a España», Ganivet responde—y con Ganivet, Don Quijote, su pariente bien próximo—que es preciso antes «españolizarla».

Tomados, por consiguiente, el *Sebastianismo* y el *Quijotismo* como éticas diversas, necesariamente tenemos que tomar como diversos los dos genios, hijos de raza y de medio, que así encontraron expresión inmortal. Estamos enfrente del «elemento psíquico», que el señor Bullón y Fernández, y con él todos los sociólogos y todos los historiadores, consideran como primordial para la determinación de una nacionalidad. Por la ya tantas veces invocada predisposición emotiva, que nos llevaría a interpretar mejor la poesía del corazón y de la pena que la gesta heroica de la Conquista (de Camoens, un lírico, nació nuestra *Epopéya*), el lirismo supone antes que todo, como ya dijimos, y nunca está de más repetir, una grey agrícola diseminada entre aguas corrientes, en una constante existencia bucólica. Ahora bien, la nacionalidad portuguesa, en su formación histórica, se inició entre el Duero y el Miño con el viejo condado portugalense. Cómo esa célula originaria del futuro Portugal estaba poblada y cultivada, Alberto Sampaio nos lo cuenta en sus memorables trabajos. La tierra se labraba a la

sombra del pino verde, entre las trovas descuidadas que se aprendían a la vuelta de la romería. «La romería tiene en el Norte de la Península una importancia especial: el fuerte espíritu religioso que allí domina, y el ser la población espesa y estar muy repartida en lugarillos y aldeas, favorecen la costumbre que busca en los santuarios famosos el punto de reunión y de mercado de muchos pueblecillos de los alrededores», explica el señor Menéndez Pidal (1). «No puede sorprendernos que todos los santuarios mencionados en las cantigas de amigo que tienen como fondo la romería, sean santuarios pertenecientes a la región occidental del Duero; es decir, a la Galicia en su máxima extensión romana...»

¡Preciosísima es, en verdad, la observación del ilustre publicista! Porque a pesar de ciertas preveniciones castellanistas, muy explicables, del señor Menéndez Pidal, su nada sospechoso testimonio confirma mis aseveraciones; esto es: el lirismo corresponde en el Noroeste de la Península a un trato largo con la tierra, donde el pueblo vivía más del azadón que del animal, curvado sobre el riego floreciente, en que su sudor se mezclaba con el aroma verde de una cantiga siempre esparcida en el aire. Nos delimita bien el señor Menéndez Pidal ese rincón privilegiado, que sólo superficialmente conoció el tropel de las invasiones, y sin que se alterase el carácter secularmente autóctono del habitante. Es, repitiendo las palabras del señor Menéndez Pidal, la «región occidental al Norte del Duero», o sea Galicia «en su máxima extensión romana». Está claramente incluida el área

(1) Menéndez Pidal, obra citada, páginas 66 y 67.

del antiguo condado portucalense. Nosotros sabemos que, en la región indicada, el cultivo de los campos, se desenvolvió y prosperó desde que Roma obligó a los moradores de las citanias a bajar al valle, hasta que los descendientes de ellos, algunos siglos después, se agruparon en torno de un Príncipe, alzándolo como Soberano independiente. Y, por último, oigamos cómo se expresa, con todo el peso de su autoridad, el insigne Alberto Sampaio, que fué nuestro Fustel de Coulanges:

«En el esbozo del largo período de casi tres siglos..., los hechos examinados nos muestran el desenvolvimiento social, marchando siempre en una filiación histórica, desde que la civilización romana, después de la conquista por las armas (catorce años después de Jesucristo), se impuso a la población vencida, imprimiéndosele en el espíritu, de modo que se convirtió en la base de la sociedad que aún subsiste. Se fundan entonces las «villas»; en ellas, los jefes citanienses, instruídos por los conquistadores, instalan en parcelas a los clientes pobres, conforme el grado de dependencia, y guardan para sí una sección labrada por siervos... Cubierto el país de predios rústicos, sistemáticamente organizados para la explotación agrícola, nunca se interrumpió el aprovechamiento del suelo y el ensanchamiento de la gente. Se fijó la terminología rural, de la cual derivó el neodialecto, la del uso corriente. La romanización, apagando el idioma, las costumbres y el derecho indígenas, creó una nueva sociedad...» (1). Y prosigue Alberto Sam-

(1) Obra citada, pág. 150. Edición en *separata*. Porto. Imprensa Moderna, 1903.

paio: «En 409 llegan los suevos, pero ello no provocó mudanzas radicales; se ocasionó en el primer instante una confusión, sobre todo política; se restableció fácilmente el orden, uniéndose invasores e invadidos para formar dentro de la Península un reino aparte, hasta 585, año en que lo absorbieron los visigodos. En armonía con el Código Visigótico, se conservaron en las dos épocas las demarcaciones de las propiedades. En los sexos y costumbres y en la organización social, una de las pocas novedades fué la adopción por los hispanos de nombres germánicos, abandonando los romanos, que habían suplantado los de las citanias.»

Continúa hablando Alberto Sampaio:

«Con la invasión sarracena en 712, el desorden fué mayor y más prolongado. Los recién llegados ni consiguieron afirmarse en el Norte de la Península, ni un poco al Sur del Duero; pero la resistencia cristiana no logra establecer, acto continuo, la seguridad pública en las regiones tomadas. A pesar de la incertidumbre, del terror del enemigo y de la decadencia de las ciudades, las villas permanecieron; dentro de ellas, guiado por la práctica, el pueblo perseveró en el cultivo de la tierra, aunque por la falta de gobierno la viese muchas veces talada y tuviese que defenderla u ocultarse mientras pasaban los ejércitos indisciplinados. Con el trabajo agrícola se mantienen también las tradiciones del dominio espiritual» (1). De donde debemos lógicamente concluir con Alberto Sampaio que «lo fundamental de lo antiguo se conservó entonces como reaparece todavía hoy».

(1) Obra citada, páginas 150-151.

El florecimiento magnífico de las «cantigas de amigo», de los cancioneros galaicolusitanos, en que la *romería* aparece como fondo preferido, abraza, sin quitar ni poner, la extensa zona geográfica que tanto y tan amoroso interés mereció a la erudición de Alberto Sampaio (1). Ciertamente es, que el señor Menéndez Pidal pretende encontrar también en Castilla el mismo tema lírico. Pero lo encuentra más tarde y «sin aquel lánguido discreto de las cantigas gallego-portuguesas» (2). Sea como fuere, y en abono de las propias afirmaciones del señor Menéndez Pidal, el modo de ser social que la «romería» representa justifica plenamente la base agraria que, para mí, el lirismo presupone.

Es éste el momento de recordar que la romanización organizó la propiedad en el Noroeste peninsular según el tipo latino de la «villa». Se fragmentaron las «villas» por exigencias y necesidades salidas de la transformación sucesiva de los tiempos. Pero ya entonces para los colonos de las «villas» había otro vínculo más fuerte: el de la Iglesia, que los tomó como hijos. De «filius-ecclesiae» viene *feligresía*, viene *feligrés*. ¿Qué es la *feligresía* en Portugal? Es, como ya señalamos, una forma rudimentaria de gobierno y de administración local. En su origen fué engendrada por la *Iglesia*—muchos de los «santuarios» de las «romerías» célebres de los *Cancioneros*—, convertida aprisa en *parroquia* por convenien-

(1) Véase en el *Cancioneiro da Ajuda*, volumen II, edición crítica, comentada por doña Carolina Michaelis de Vasconcellos, en las páginas 882 y siguientes la lista de los santuarios mencionados en los *Cantares de amigo*.

(2) Obra citada, página 68.

cias del culto, y más tarde con funciones distintas de esas, cuales eran las de presidir el reparto entre los vecinos, de las glebas pertenecientes al patrimonio colectivo.

Surgiendo al lado de las «villas» con la cristianización de la sociedad, «las dos instituciones se suceden —aclara Alberto Sampaio—, pero no se confunden: las «villas» fueron propiedades en todo el rigor de la palabra; la *feligresía* es una especie de comuna sin carta, que se organiza en derredor del campanario. Precisar la fecha en que una deja de existir y comienza la otra es imposible; transformaciones como esta se efectúan lenta y parcialmente; al lado de la institución moribunda va apuntando la nueva, ya balbuciente, casi ya en la juventud, hasta realizarse la total evolución».

Y termina el historiador: «Todavía en ambas el perímetro es en general el mismo, e idéntica la población, que proviene de la estirpe antigua de las clientelas, descendientes de las citanías acastilladas» (1).

Se sigue perfectamente en la exposición de Alberto Sampaio el paso de la «villa» a la *feligresía*, encuadrando en su masa de población a los descendientes de los primeros habitantes de las citanías y de los castros de la época prerromana.

La constitución social que semejante régimen de propiedad llevaba consigo, se tradujo después en modalidades muy suyas del cuadro de instituciones tradicionales del pueblo portugués.

No conoce España, antes del *ayuntamiento*, otro grado en la escala de su sistema administrativo—se-

(1) Obra citada, páginas 151-152.

gún yo creo—y sólo en Galicia nos encontramos con la *parroquia*, en el sentido de que administrativamente se reviste la *feligresía* en Portugal. «La parroquia es denominación jurisdiccional eclesiástica; pero tiene en el país tanta importancia como la denominación civil de Ayuntamiento (1). De nada más se precisa para afirmar que las «romerías» del Noroeste peninsular, al acusar en la lírica de los *Cancioneros* una nota psíquica inconfundible, significaban simultáneamente la hechura típica de una sociedad establecida en condiciones bien diversas de las que se daban en el resto de la Península.

Efectivamente, Castilla se fundó y dilató por la guerra, por el acto sistemático de la conquista. A lo largo de los desnudos páramos del corazón de la Península, en extensiones y extensiones despobladísimas, sólo en torno de las fortalezas vigilantes, las aldeas se dibujan con tranquilidad relativa. Por esto la composición de Castilla es más *urbana* que la de Portugal. En Portugal la fortaleza, antecediendo a la población, apenas aparece cuando la nacionalidad acabó de extenderse al Sur de Mondego. Hasta entonces, donde existía, existía solamente para salvaguardar los caseríos anteriores. Gracias a la rígida y menuda red de nuestra mancomunidades agrícolas, el feudalismo no consiguió aclimatarse en la parte occidental de la Península. Es tan cierto esto, que por virtud de esas oscuras Cofradías de labradores y pequeños propietarios, en Portugal, la nacionalidad antecedió sensiblemente al Estado. No es fácil

(1) Cita de Domingo Villar Grangel, en su conferencia «El Municipio en Galicia». Barcelona, 1919.

explicarse de otro modo el que don Alfonso Henriques y don Sancho I se llamasen «reis dos portugueses». Lo que no sucedió en Castilla, donde la tierra pertenecía al Monarca, en derecho patrimonial, porque la encontró desierta o porque la ganó para sí o para sus barones. Fué, pues, asombrosa la videncia de Menéndez y Pelayo al atribuir el primitivo lirismo de los *Cancioneros* a «un pueblo de pequeños agricultores, dispersos en caseríos, que tienen por principal centro de reunión santuarios y romerías» (1).

(1) Importante será registrar a este respecto un pasaje bastante expresivo del gran Menéndez y Pelayo. Dice así: «El descubrimiento de este lirismo tradicional, que pertenece al pueblo por sus orígenes, aunque sufriese sin duda una elaboración artística, es el más inesperado, así como el más positivo resultado de las últimas investigaciones sobre nuestra literatura de la Edad Media. Hoy no es posible negarlo: hubo en los siglos XIII y XIV una poesía lírica popular de rara ingenuidad y belleza, como hubo una poesía épica, aunque en lengua diferente. ¿Quién podrá llegar hasta las más escondidas raíces de ese lirismo? ¿Quién podrá sorprender sus primeros infantiles pasos? ¿Se trata de un fondo étnico común a todos los pueblos del Mediodía de Europa, o de algo propio y característico del pueblo gallego? ¿Por qué amaneció allí la poesía lírica con carácter más popular que en Provenza y con un cierto fondo de melancolía vaga, misteriosa y soñadora? A todas estas cuestiones se ha procurado dar respuesta; pero hasta ahora con más fuerza de ingenio y de agudeza que rigor crítico. Cuando los datos faltan, toda generalización ha de ser temeraria y prematura. La hipótesis céltica no satisface del todo ni está exenta de reparos; pero algunas dificultades allana y es hasta ahora lo más admisible. Buscar soñados orígenes germánicos, tomando por pretexto el hecho de la conquista sueva, que sólo pudo ejercer una influencia superficial y exterior, y de ningún modo penetrar las capas más hondas de la población galaica, parece tan fuera de propósito como remontarse, según otros

Ganivet llamó al *Romancero* la *Summula-teológica* castellana. Con intención bien diferente, pero no con menor realidad, los *Cancioneros* son la *Summula-teológica* de Portugal. Lo prueba la interpretación de la existencia que en el *Sebastianismo* se condensa como filosofía innata del alma lusitana. Es la esperanza de la razón sentimental y mística del *Sebastianismo*. Ahora bien: la esperanza traduce, palpablemente, la convivencia resignada de una raza

hacen, a los mismísimos pueblos turanios y al lirismo de los himnos acádicos. Todo esto puede ser materia de paradojas y ameno discreto; pero conviene conservar a la historia la severidad de su método y dar siempre lo cierto por lo cierto y lo ignorado por lo ignorado. Qué población antecediase en Galicia a los celtas, ni lo sabemos hoy ni quizá lo sabremos nunca a punto fijo. Pero de los celtas galaicos sabemos, por testimonio de Silio Itálico, que ululaban cantos bárbaros en su patria lengua, y consta asimismo por varios cánones de Concilios y por un libro de San Martín de Braga (*De correctione rusticorum*) que conservaron, después de convertidos al Cristianismo, supersticiones más o menos poéticas y canciones profanas. Puede disputarse en qué lengua estarían: lo verosímil es que fueran en latín bárbaro, en lengua rústica, y que de ellas se pasase por transición gradual a los cantos en lengua vulgar. Que éstos son indígenas, no cabe duda; lo demuestra *su misma ausencia de carácter bélico* (el subrayado es nuestro), la suave languidez de los afectos, el perfume bucólico, que nos transporta a una especie de Arcadia relativamente próspera en medio de las tribulaciones de la Edad Media.» (*Historia de la poesía castellana en la Edad Media*, cap. IV, tomo I, páginas 229 y 231. Madrid, 1911-1913.)

Por los trabajos ya mencionados del señor Rivera y Tarra-gó, especialmente la mayor parte de las interrogaciones de Menéndez y Pelayo, quedaron desvirtuadas. En cuanto al fondo étnico a que Menéndez y Pelayo constantemente recurre, poniendo de parte el espejismo erudito del celtismo o del liguris-

sedentaria y pacífica que, por la comunidad de sus instituciones y por la creencia naturalista de las estaciones y de las simientes, se sabe sobrevivir a sí misma en el momento que pasa, aguardando serena la promesa del día siguiente. Así la esperanza crecería fuerte, con las amplias alas desdobladas, al Occidente de la Península, entre la montaña y el mar, denunciando la gran capacidad lírica que fué capaz de concebirla y de amamantarla. De la esperanza, tran-

mo, es ya sin desconfianzas mayores el viejo *abstractum racial*, que en el lusitano encontró su exponente máximo. Como prueba de la calidad indígena de la poesía lírica del Noroeste peninsular, señala Menéndez y Pelayo la total ausencia que manifiesta de temas de carácter bélico. Ahí reside en efecto, si no el reconocimiento implícito de una completa autoctonía, al menos el de una indiscutible anterioridad del habitante de la vertiente occidental de la Península con relación al de los páramos desolados del Centro. En su misma *Historia de la poesía castellana en la Edad Media* observa Menéndez y Pelayo, en la página 163 del primer volumen: «Creemos firmemente que la epopeya castellana nació al calor de la antigua rivalidad entre León y Castilla (rivalidad que ocultaba otra más profunda: la del elemento gallego y el elemento castellano), y que éste es su sentido histórico primordial». No es otro el dualismo que, bajo el aspecto privado de una lucha señorial, tuvo su expresión inolvidable en la leyenda y cantar «de los Infantes de Lara». En su precioso estudio, el señor Menéndez Pidal (*Leyenda de los Infantes de Lara*) nos demuestra la existencia histórica de Gonzalo Gustios, padre de los Infantes, y la particularidad del origen gallego de Ruy Velasques, su enemigo. ¿No tendremos, pues, en la rivalidad entre Castilla y León, que Menéndez y Pelayo indica como la fuerza creadora de la epopeya castellana y que el *Cantar de los Infantes de Lara* refleja en cierto modo, la confirmación atávica de los dos *ethos* primitivos que inspiran, desde la historia a la literatura, la vida superior de la Península?

figurada ya en fuente de energía naturalista, derivó el *Sebastianismo*. Y el *Encubierto* no es sino la personificación de las tendencias anónimas y todavía deshilvanadas que ya se revelaban en el *Amadís* (1). Pero que de ninguna manera nos desoriente, frente a su linaje bucólico, el hecho de que en el mito del

(1) El propio Menéndez y Pelayo lo reconoce: «Pero no son estas solas las curiosidades literarias con que nos brinda el espléndido hallazgo de los Cancioneros lusitanos. Aparte de la poesía tradicional e indígena del Noroeste de España, que allí por primera vez se afirma y manifiesta con sus propios caracteres étnicos, y aparte de la imitación provenzal directa y visible en los serventesios y en las tenzones, comienza a abrirse paso, favorecida quizá por la comunidad de orígenes célticos, un nuevo influjo destinado a crear, andando los tiempos, una forma de narración novelesca, que todavía en pleno Renacimiento fué como el último estertor de la caballería decadente y moribunda. Así como en Castilla, pueblo heroicamente enamorado de las grandezas de la acción y de las realidades de la vida, prendió fácilmente la semilla de las narraciones del ciclo carolingio, así el pueblo gallego, inclinado de suyo (no obstante el contrapeso de muy visibles propensiones satíricas) a la soydade, a la melancolía y al devanear inquieto y fantástico, arraigaron antes que en otra parte alguna las historias y de los lays del ciclo bretón. No es vana la antigua tradición que pone en Portugal o en Galicia la cuna del Amadís y de la mayor parte de los primitivos libros de caballería, derivación muy libre y muy españolizada de los cantos galeses y armorianos. Allí debieron nacer: por la misma ley de misterioso atavismo céltico que llevó a los portugueses a la conquista del Mar tenebroso, fascinados por el espejismo de las islas encantadas y de la leyenda de San Brandam; y que a través de los siglos renueva hasta en sus mínimos pormenores el mesianismo del Rey Artús, *rex quondam resque futurus*, en la esperanza nunca desfallecida y siempre renaciente de los que todavía aguardan ver entrar en día de niebla por la foz del Tajo al Rey don Sebastián, redentor de su raza y fundador del sexto

Deseado predomine tanto la influencia del Océano como el espejismo constante de la isla Afortunada, donde el *Encubierto* aguarda a que se cumplan, para su vuelta, el año y el día de las Profecías. Ya en el *Amadís*, el *Doncel del Mar* nos deja entrever esa inclinación instintiva hacia el enigma de las ondas que van y vienen en su destino sin reposo.

Sugestión de la «materia bretaña»—se nos va a interrumpir—. Pero la *materia bretaña* floreció y se propagó, sobre todo, en una zona geográfica, a la que

imperio apocalypticó». (Obra citada, páginas 251-52, volumen I.)

Demos de lado la constante preocupación celtista de Menéndez y Pelayo, y en seguida su declaración valdrá como un sólido refuerzo a las ideas medulares del presente estudio. Acentuemos principalmente el íntimo parentesco que Menéndez y Pelayo descubre entre nuestro *Encubierto* y el Rey Artús del mito occidental. Se aleja así el ilustre crítico de la versión corriente que atribuye el Sebastianismo a profundas influencias judaicas sufridas por el alma portuguesa. Para quien deslinde el linaje psíquico del *Encubierto*, nada tendrá de común con el mesianismo israelita, haciendo remontar tal vez su origen a la leyenda de Saturno y a su refugio en una isla encantada, donde la primavera era eterna y de donde volvería con la Edad de Oro restaurada. Nadie busque, por lo tanto, afinidades entre nuestro *Encubierto* y «El Encubierto» de la *Germania*, de Valencia. Este no pasaba de ser un impostor que explotaba en su provecho el judaísmo esparcido en el Levante español. El nuestro, entrando en la dignidad de la historia por su personificación en el Monarca vencido y muerto en Alcazarquivir, es el índice supremo de la resistencia lírica de las poblaciones del Oeste peninsular. Largo tema que no cabe dentro de su ligera nota, hagámoslo notar desde ahora su completa identificación con la líneas que le consagra Menéndez y Pelayo, quien se equivocó al atribuir a don Sebastián la fundación del «sexto imperio», y no del «quinto».

étnicamente respondía la misma identidad de poblaciones, deteniéndose por las proximidades del Atlántico. Ya Artús, retenido en su brumosa Avalón, no era más que el Saturno de las lejanas tradiciones occidentalistas de las edades protohistóricas, refugiado al otro lado del límite macizo de las aguas, y también en un lugar de depuración y de misterio. Suceden, además particularizando más el caso, que el lirismo característico de las gentes del Noroeste peninsular no se manifestaba únicamente campesino (1).

(1) Escribe a este respecto el siempre escuchado Menéndez y Pelayo: «Pero no es sólo la Galicia rural la que dejó impresa su huella en este lirismo bucólico de nuevo género. Azotada de mares por Norte y Occidente, y predestinada a grandes empresas marítimas, la región galaico-portuguesa tuvo desde muy temprano lo que clásicamente llamaríamos sus églogas piscatorias, si la brava costa del Atlántico recordase en algo la diáfana serenidad que envuelve a los barqueros sicilianos en los idilios de Teócrito y Sannázaro. Son frequentísimas en el Cancionero, hasta en las villanescas y en los versos de ledino, las alusiones a cosas de mar, y aún hay juglares, como Martín Codax, que parece haberse dedicado particularmente a la composición de estas marinas:

«Ondas do mar de Vigo,
Se vistes o meu amigo?
E ay, Deus, se verra cedo?
Ondas do mar levado,
Se vistes meu amado?
E ay, Deus, se verra cedo?
Se vistes meu amigo,
E porque eu sospiro?
E ay, Deus, se verá cedo?»

Así se expresa Menéndez y Pelayo en su «Historia de la Poesía Castellana en la Edad Media», tomo I, páginas 237-38. Aún alude el ilustre crítico a lo que él llama las barcaro-

Al lado de las «cantigas de amigo» celebrando los encantos del *verde pino* o loando a «San Simón», surgen igualmente las «barcarolas» de un Juan Zorro o de un Martín Codax, frente al «mar de Vigo». El sentimiento del mar es, a veces, tan intenso y tan profundo en nuestros antiguos *Cancioneros*, que Paio Gomes Garrinho, aunque por sátira, compararía la idea del mar a la ira del Rey de León y de Castilla:

«De quantas cousas eno mundo son
non vejo ben cual poden semelhar
Al rei de Castela e de León,
Se (non) ua qual vos direi: o mar!»

He aquí por qué el *Sebastianismo* se nos evidencia agarrado por todas sus raíces a aquella rara delica-

las», de Juan Zorro. Entre otras, son de él las dos que comienzan:

«Em Lisboa sobre lo mar
Barcas novas mandey lavarar,
Ay mha senhor velida!»

«El Rey de Portugale
Barcas madou lavarar,
E la irám nas barcas sigo,
Mha filha e voss'amigo!»

Poniendo de relieve esta tendencia marítima que ya se enuncia en los «Cancioneros», no está fuera de propósito el hacer aquí una reflexión de la mayor importancia, todavía acerca del fondo étnico, al cual parece corresponder en toda su extensión ese magnífico florecimiento poético del lirismo galaico-lusitano. Para Estrabón, la Lusitania iba desde el Tajo a la costa Norte de la Península, comprendiendo la Galicia actual. Y para el geógrafo clásico, sus límites eran, más allá del Tajo,

deza emotiva—de «lánguido discreto» la califica el señor Menéndez Pidal—, que distingue a gallegos y portugueses—insisto—dentro de los demás grupos nacionales de la Península. Nos esforzaríamos en vano si pretendiésemos sorprender en el *Romancero* la línea genealógica del *Encubierto*. El *Encubierto*, producido como creación colectiva en condiciones anónimas, análogas a las de las diversas gestas castellanas, guarda consigo inalterablemente la fisonomía del espíritu social que la engendró y tornó posible. Es un héroe de leyenda, sí, resplandeciente de bravura y de victoria, pero un héroe paternal, que surge solamente para restituir a su pueblo en desgracia la grandeza y la libertad perdidas. En él se expresa, y en términos de identificación inmediata,

al Sur, al Norte y al Oeste, el Océano, y al Oriente, los vetones, carpetanos y galaicos. De modo que, según Estrabón, los galaicos o gallegos no tenían su sede en el territorio que es hoy Galicia, sino que colindaban a Occidente con él, en la parte más montañosa, la que después, más o menos, vendría a ser el corazón de la tierra leonesa. ¿Cómo se extendió, sin embargo, el nombre de Galicia a una parte sensible del territorio lusitano? El propio Estrabón nos lo dice en estas palabras: «Vienen por fin los galaicos, que ocupan una gran parte de las montañas y que han sido por esta razón más difíciles de someter; merecieron dar su nombre al vencedor de los lusitanos, acabando después por extenderse e imponerse al mayor número de los pueblos de Lusitania.» (Estrabón, «Geografía», traducción francesa de A. Tardieu, libro III, capítulo III, párrafo segundo.)

Registrando solamente el hecho, comprobamos que la región galaico-duriense, o sea la Galicia, en toda su extensión de provincia romana, coincidía, al final, con la mitad de la verdadera y antigua Lusitania. ¿Será, por lo tanto, galaico-lusitano el genio lírico de los «Cancioneros», o simplemente lusitano?

aquella modalidad psicológica que en el *Amadís* impresionaba tanto al ilustre Menéndez y Pelayo al reconocerle tan diverso de los férreos guerreros de la epopeya medioeval del centro de la Península. Es esa otra fibra, la fibra de una raza conquistadora, partiendo para la derrota del enemigo a través de los yermos infinitos, donde la luz cruda del sol produce alucinaciones. ¡Son ya las caminadas que después Don Quijote galoparía!

Por el contrario, en el *Encubierto* palpita la aspiración nativa de una grey, fuertemente atada al suelo, a cuya imagen y semejanza desea vivir y morir. Rescatador de los Lares y de los Altares, es esta la misión señalada al *Encubierto*, quien no vaga por los caminos secos y ardientes detrás de un ideal abstracto de justicia y magnanimidad. Compárense bien de cerca las dos figuras, la de Don Quijote y la del Deseador (1). En seguida se notará que el primero es espectro de caballeros andantes, sólo comprensible bajo el cielo abrasado en la hoguera viva de los páramos interminables de la Meseta, mientras que el segundo, recibido en brumosa mañana en los arenales dorados de Portugal, transpone la curva misteriosa de las aguas, embebido tal vez en el arrobamiento místico de la *Demanda do Prestes Joham*. De conformidad con lo expuesto, dos *ethos* se nos aparecen así, definiendo las diferencias que individualizan, ya históricamente, a Portugal y a Castilla. Que individualizan, pero no separan—señálese—, porque de

(1) El conde de Gobineau, preocupado con sus etnicismos místicos, consideraba al «Amadís» como la flor más elevada de la idealidad humana.

la justa colaboración de ambas patrias, cada una en la plena autonomía de su personalidad, es de donde resultó lo que sin mengua para ninguna se puede y debe llamar «civilización hispánica».

Entendidos de este modo el *Sebastianismo* y el *Quijotismo* como reglas de pensar y de sentir, prontamente se adueña de nosotros la visión de la unidad peninsular en aquel superior significado moral y cultural en que es imperioso tomarla. No se niega con ello—enérgicamente lo repito y afirmo—lo que es propio e inalienable, tanto del alma castellana como del alma portuguesa. Portugal es el *Cancionero*, es la poesía lírica, es el *Encubierto*, es la vocación marítima, es la novela del Amor. A su vez Castilla es la vocación terrestre, es el *Romancero*, es Don Quijote, es la novela de costumbres, eternizada en sus varios Lazarillos, Alfaraches y compañía. Histórica e ideológicamente corresponden, pues, a una unidad ultranacionalista, que no podría existir ni completarse nunca sin la independencia de esos sus dos aspectos inconfundibles. ¡En ellos reside el secreto (1) inmortal del alma de la Península, goteando siempre como la simbólica granada, su fuerte y generosa sangre, para que de la faz del mundo no desaparezcan ni los supremos arrojos, ni las grandes aspiraciones!

EL LIENZO DE LA VERONICA

Refléjese de esta forma, en el dominio de lo espiritual, lo que en el campo de las características físicas imprime fisonomía a la Península: «Los trabajos de Fischer y Kohl—dice al hablar de este asunto en su monografía *A terra portuguesa*, el señor Machado y Costa—suponen al país como una región perfectamente distinta de España, dándoles su situación geográfica la impresión de una Holanda de la Península Ibérica; otros geógrafos, sin embargo, con una noción más precisa de la posición relativa de ambos países, consideran a Portugal como un plano inclinado occidental de la Península, al cual la exposición de gran parte suya a los vientos oceánicos y la influencia del Gulf Stream (1) imprimen caracteres climatológicos propios. Según Reclus, la Península Ibérica debe ser considerada como un todo geográfico, en que la separación en dos estados distintos, justificada sin la menor duda, por un gran número de contrastes, no impide que el organismo europeo hispanolusitano sea un miembro indivisible; lo considera este geógrafo como una sola y misma tierra,

(1) Fijándonos en la manera cómo en el «Quijote» se trata al «Amadís», podemos admitir que el hidalgo manchego es una proyección castellana del caballero portugués.

(1) Más propiamente debiera llamarse «corriente de Alaminos». (Nota del traductor.)